

BUENOS DÍAS

Un peligro edilicio: la «muerte por contribuyente»

A la vista de los hechos que vamos a comentar, a nadie puede extrañar, de aquí en adelante, que los alcaldes se suban los sueldos, teniendo en cuenta que se puede tratar de cargos «de altos riesgos», tanto casi, por lo menos, como el de bombero. Dos alcaldes de otros tantos pueblos de la Península, han corrido grave peligro, uno de ellos de ser linchado por los contribuyentes, y el otro, de caer desde el tejado de una casa y romperse «la vara», o de ser puesto fuera de combate por un guantazo de su suegra.

El primero de los hechos tuvo lugar en Villanueva del Arzobispo, localidad de Jaén, y las cosas comenzaron a fraguarse cuando el alcalde socialista Francisco Cuadros Rubio, después de ser reelegido en los últimos comicios, solicitó una revisión de las contribuciones catastrales, en las que, el hombre, por lo visto, no se anduvo con chiquitas, ya que el aumento supone un promedio del 2.000 por cien. ¡Casi nada! Es decir, para poner un ejemplo, que si una casa estaba valorada en 1.054.000 pesetas y pagaba 592 pesetas, la nueva valoración ahora, de esa misma casa, es de 5.400.000, teniendo que pagar su propietario una contribución de 28.000 pesetas.

Las protestas no se hicieron esperar y el referido alcalde acudió a la emisora de radio local, para tratar de explicar al pueblo de qué iba la cosa y el porqué de tal subida. Pero los vecinos, para los que no cabía explicación en tema tan grave, se fueron concentrando en torno al edificio de la emisora, en número de casi un millar, y le impidieron salir a la calle, mientras le gritaban amenazadoramente, como queriendo insinuarle cariñosamente: «Si sales, te matamos, pedazo de budoque». En fin, que, como siempre, tuvo que acudir la Guardia

Civil, el gobernador y toda la pesca, y gracias a que el gobernador civil se comprometió a dejar, de momento, en suspenso la revisión de las contribuciones catastrales, porque si no, todavía don Francisco Cuadros Rubio está encerrado en la emisora local, entre antenas y micrófonos.

El otro caso fue el de un alcalde de pueblo que, por detectar los vecinos irregularidades en los contratos de diferentes obras rurales, un grupo de ellos se concentró amenazadoramente en torno al Ayuntamiento, viéndose obligado el regidor municipal a escalar la azotea y, a través de diferentes tejados, llegar hasta la casa de su suegra, estando a punto, por otra parte, como decimos, de sufrir un guantazo de ésta, al ver que se le descolgaba un hombre por la ventana, desde la azotea.

De modo que no crean tampoco ustedes que, tal como se están poniendo las cosas por esa península de Dios —aquí somos más sufridos—, ser alcalde hoy en día es una bicoca: venga, a sentarse en la poltrona, y a vivir, que son dos días. No, el que no sea un gimnasta, capaz de saltar azoteas y tejados, que se abstenga. Porque además, morir a manos de un contribuyente tampoco tiene mucha gracia. Y el contribuyente aguanta mucho, pero mucho; ahora bien, cuando se le hinchan las narices, porque le han hinchado los recibos, es como un vendaval, que arrasa.

Por todo ello, no sólo considero justificable que los alcaldes se aumenten los sueldos, sino que, además, yo les recomendaría que se hicieran un seguro de vida. La «muerte por contribuyente» puede acechar a uno, donde menos se lo espere.

Florilán

ALTOBERADAS

El jueves por la tarde, la Policía Municipal fue avisada de que había sido visto un «camaleón» merodeando por las obras del Hotel Mency, las que parece que aún están bastante oscuras. Los agentes municipales detuvieron al referido camaleón y lo llevaron al Ayuntamiento, donde no extrañó mucho su presencia, pues, ¡han pasado por allí tantos concejales camaleónicos!

Pero, a lo que iba. El camaleón, apenas lo instalaron allí, preguntó enseguida:

—Pero, bueno, yo lo que quiero saber es cuánto me van a pagar de sueldo.

Dos policías nacionales, muertos por los terroristas en Vitoria. ¡Menudo lío! Ahora, algunos periódicos, venga a discutir si la metralla asesina fue a bocajarro, o si los cascotes les entraron unos milímetros más arriba o más abajo.

Lo que uno no comprende, es que se celebren en agosto las fiestas de Nuestra Señora de las Nieves.

A no ser, claro, que sea para compensar.

«La selección española de voleibol continúa su preparación en Las Cañadas».

¿Verdad que parece una de tantas «cañadas», como se dicen ahora en verano?

Breve polémica en el Cabildo, en torno a las subvenciones que se conceden a algunas romerías.

—¡Y eso que ya no está Romero!, comentó alguien.

—Bueno, Romerito, de todas maneras, donde estaba era en el Ayuntamiento. ¡Y poco bien que lo hacía!

Fernando Fernández ofreció una recepción a la clase política, económica y social de Las Palmas, que se desarrolló en un ambien-

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

De la goleta «Mosquito» a los «jet-foils»

EN este nuevo aniversario —el séptimo, concretamente— del servicio Santa Cruz-Las Palmas a cargo de los «jet-foils» de la Trasmediterránea, cabe recordar que estas rápidas unidades han navegado 1.103.760 millas náuticas entre las dos islas y, también en tal espacio de tiempo, transportado 2.350.000 pasajeros.

Estas cifras —frías como todas las cifras y su mundo— son, en verdad, muy significativas en cuanto a su relación con un nuevo concepto de los servicios marítimos en Canarias. Ahora, indudablemente, es el momento de mirar a los años transcurridos desde que, a mediados del siglo pasado, el vaporcito inglés «Viborg» —de don Juan Cumella— comenzó a navegar desde Santa Cruz a los fondeaderos del Sur y La Gomera. Este fue el primer «steamer» que empenachado de humo cruzó el Atlántico isleño, el primero que bordó estelas con historia y victoria. Fue de corta vida en la mar pues, rebautizado «Guajara» al ser abandonado en España y matriculado en Santa Cruz, pocos años más tarde se perdió por varada en las costas del Sur tinerfeño.

Los servicios de carga y pasaje estuvieron largos años a cargo de goletas finas y muy marineras —«Mosquito», «Estrella», «Joven Candelaria», etc.— que, sólidas y bien trabadas, por su rapidez y buen navegar eran el

legítimo orgullo de los carpinteros de ribera que las construían.

Veleros de larga vida, muy larga vida —el «Mosquito» naufragó en Port Etienne con más de 100 años de mar sobre sus cuernas— fueron sustituidos en la década de los años 80 del pasado siglo por los primeros «Viera y Clavijo» y «León y Castillo», vapores con aparejo auxiliar a los que, poco después, se agregó el «Pérez Galdós», de casco mixto de hierro y madera.

Estos tres vapores —todos bajo la contraseña de la hispano-inglesa Compañía de Vapores Interinsulares Canarias— fueron, años más tarde, reforzados por dos de la Elder Dempster inglesa, los «Congo» y «Benín» —éste fue rebautizado «Almirante Díaz» al ser abanderado en España— que bien atendieron el tráfico en rápido aumento.

Más tarde, allá por 1910, se fletaron a la Trasatlántica Española sus «Joaquín del Piélagos» —un verdadero yate por sus líneas marineras y acomodación— y «Rabat», que fueron devueltos cuando, en 1912, comenzaron a navegar los dos tercetos que llegaron hasta nosotros y el último de los cuales, el «La Palma», fue felizmente rescatado por José Segura y el Cabildo Insular tinerfeño. De aquellos seis correillos, tres eran pequeños, los «Fuerteventura», «Lanzarote» y «Gomera-Hierro» —que luego

llevó sólo el nombre de la Isla del Meridiano— y, los restantes, de mayor tonelaje, fueron los «Viera y Clavijo», «La Palma» y «León y Castillo».

Durante años y años, tales correillos tuvieron a su cargo los servicios interinsulares y, también, los que unían las islas con Río de Oro. Luego, cuando la naviera pasó a la Trasmediterránea, para reforzar las líneas bajaron a Canarias los «Ciudad de Málaga» —que se perdió en Las Palmas tras ser abordado por el inglés «Cape of Good Hope»— y «Ciudad de Mahón». Con ellos vino el «Ciudad de Melilla» —el antiguo «Reina Victoria» de la línea Canarias-Cádiz— con lo que, bajo los colores de la Trasmediterránea, se logró un grupo homogéneo de unidades.

Buen ajetreo tras las guerras civil y mundial —entonces fue cuando la colisión del portugués «Costeiro Terceiro» con el «Viera» en la travesía de Santa Cruz a Las Palmas y durante la noche— y, cuando llegó de nuevo la paz al mundo, los seis «correillos negros» fueron sometidos a un repaso general de casco y máquinas. También se les acondicionaron las calderas para combustible líquido y, así, se evitaba la pesada faena de carboneo y se reducía, por tanto, la estadia en puerto.

Los «correillos negros» fueron siempre fieles, muy fieles a Ca-

narias, si bien algunos de los pequeños hicieron, esporádicamente, otros servicios —Bata-Santa Isabel de Fernando Poo, Ceuta-Melilla, etc.— pero, siempre, volvieron a Canarias. En los años 50, los «Ciudad de Algeciras» y «Ciudad de Ceuta» compartieron, con los «J.J. Sister», «A. Lázaro» y «V. Puchol», los servicios rápidos y, más tarde, llegó la etapa de los «Santas».

Tras aquellos «Santas» —hoy uno navega bajo bandera sudafriicana y otro lo hace bajo la de China— fueron prólogo para los ferries, los «Ciudad de La Laguna» y «Villa de Agaete» que tanto han significado en el desarrollo del tráfico marítimo en Canarias.

Luego llegaron los «jet-foils». Primero fue el «Princesa Voladora» que, con anterioridad, había navegado bajo la contraseña de la P. and O. centenaria, la propietaria del «Pacific Princess» de ayer en puerto y del «Canberra» de hoy. Ahora, con los «Princesa Guacimara» y «Princesa Guayarmina», unas cifras que, frías, por paradoja nos llegan con todo el calor de una íntima satisfacción, del reconocimiento de una labor —muy buena labor— que alcanza a todas las islas.

Juan A. Padrón Albornoz

Negación de la vida

LA muerte del individuo y de la especie —el final escatológico— ha sido tema reservado al arte y la literatura, constituyendo motivo de estudio para la filosofía y la religión. Se trata de fenómenos naturales, y no es una violación de límites tratar de este tema. Hay que decir que el científico desea evitar que se le trate de «círculo tuerto» (Kant), y para fundamentar sus juicios, debe superar con legitimidad sus propios límites.

Algunas personas consideran que los juicios de valor están en contra de la idea de que las formulaciones de las ciencias de la

naturaleza deberían estar al margen de estas valoraciones. Y la ciencia de la naturaleza, impulsada ciegame por esta indiferencia y por la ausencia de juicios de valor, ha sido capaz, sin pestañear, de llevar a cabo experimentos con hombres, poniendo sus conocimientos físicos del átomo al servicio de medios de destrucción masiva. Ahora emprende el arriesgado, oscuro e inseguro camino de la manipulación genética.

La verdad es que el análisis y la verificación científica, sólo han de aspirar, en los límites de su método, a la indiferencia y a

la ausencia de juicios de valor. Pensamos en cambio que el científico éticamente responsable, está muy obligado, en el dominio del aprovechamiento y valoración de sus resultados, a actuar como el filósofo, teniendo en cuenta los valores e identificándolos.

Comienza a despuntar un nuevo peligro: el derrumbamiento de los límites más allá de los cuales los logros del espíritu humano dejan de ser adecuados a nuestra situación y adaptativos. Parece que se inicia un nuevo amanecer de irracionalidad. La continua violación de estos lími-

tes pone en peligro nuestra existencia como especie, y da pie a un cierto predominio pesimista.

Dando la vuelta a la frase del Eclesiastés, creemos que es mejor oír la reprimenda del que sabe, que oír la canción del necio. Tema macabro, que a veces nos lleva por intrincados caminos, en los que en esta ocasión encontramos a F. Engels: «La muerte como el momento esencial de la vida. La negación de la vida contenida como algo esencial en la misma vida. Vivir significa morir».

Pedro Hernández Torres

El difícil arte de escuchar

ESTÁ reconocido que la oratoria es entre todas las artes una de las más importantes. Un buen orador, pedagogo, político o religioso conseguirá convencer para sus fines educativos, partidistas o sectarios a sus oyentes si éstos lo son de buena fe o de regular disposición.

Para conseguir atraer la atención de sus oyentes y que éstos se interesen por la charla del orador es necesario que las dotes de persuasión de que éste dispone sean lo suficientemente interesantes para convencer. El orador debe evitar la redundancia, los símiles y los lugares comunes, deberá disponer de la gracia de la claridad evitando conceptos enrevesados, será lo más concreto posible, dominará el léxico y procurará no apelar a citas ajenas difícilmente comprobables ni a latiguillos repetidos que puedan cansar a su auditorio.

Sabrán matizar sus entonaciones para que no haya disonancias ni pausas excesivas dando siempre la sensación de que está im-

Jamás replicará a ninguna interrupción desdeñando como no oída la que pudiera producirse y siguiendo imperturbable hasta el final de su perorata. Sólo entonces podrá contestar al interruptor con una frase ingeniosa y si es posible con ciertas dosis de desdén.

En un lugar en el cual se pondrá de manifiesto el difícil arte de escuchar es en el teatro. Un buen actor además de sus buenas cualidades en el bien decir su papel tiene que estar en escena en la actitud de escuchar atentamente al actor que le da la réplica siguiendo el diálogo como cosa no oída hasta ese momento. Así hará llegar al público la sensación de realidad necesaria para interesarle de tal modo que crea que está presenciando una cosa real y no una farsa.

Aparte de la necesidad de esta norma para actores y oradores en la vida corriente se debe ejercitar este difícil arte de la paciencia para escuchar pues a veces la interrupción precipitada puede dar al traste con una conversa-

logo. Sólo es disculpable esa interrupción en casos de violencia intentando apaciguar o en casos de intento de censurar a ausentes y no querer emitir opinión propia.

Hablar bien es un don, pero saber escuchar es una virtud y como todas las virtudes no es fácil obtenerla sin una labor continua de preparación y tolerancia.

Si se consigue escuchar con paciencia se estará en camino de ser un perfecto interlocutor.

En política será ejemplo de político perfecto el que a las buenas dotes oratorias sume la calma suficiente para oír a los discrepantes con atención. Cosa diferente es lo de hacerles caso. Eso no lo considerará necesario.

Francisco Paúl Cid

EL HUMOR DE CHUMY CHUMEZ

